

tine y por Flocon, decretados por el gobierno, y votados por la asamblea nacional. Mas adelante me ocuparé del doble motivo de esta creacion, que era el pensamiento constante de Lamartine, en interes de la fuerza exterior y de la confederacion interior de la república, contra los ataques previstos por él, que debia sufrir la sociedad.

XIX.

Mr. Bethmont, ministro de comercio y de agricultura, se ocupaba en aquellos momentos, en que todas las transacciones comerciales estaban suspensas, en aliviar y disminuir el mal estado de la industria. Ningun carácter era mas propio que el suyo para semejante tarea. Sereno, resignado, atento, elocuente, lleno de compasion por las angustias de sus semejantes, Mr. Bethmont daba á la república el carácter de probidad, de solicitud y de simpatia que constituia el suyo. Asiduo y reflexivo en las sesiones, se aprovechaba del tiempo desocupado que le dejaba su ministerio para asistir al consejo de gobierno, en el que se ponía siempre del lado del partido de la moderacion, de la legalidad y del orden republicano, como un tipo de los grandes magistrados de la asamblea de 1790. Su puesto verdadero hubiera sido hallarse á la cabeza de la magistratura.

Mr. Marie, mas activo por temperamento, de ideas mas atrevidas, y mas universal y mas emprendedor en los negocios, contemporizaba con los trabajos públicos que se habian suspendido demasiado. Una de las soluciones politicas y so-

ciales de la crisis hubiera sido, segun algunos miembros del gobierno, hacer un estenso reclutamiento de los hombres ociosos, y ocuparlos en grandes trabajos de fecundacion del suelo frances. En este punto, Lamartine pensaba como ellos, y algunos socialistas, moderados y politicos entonces, despues irritados y facciosos, reclamaban que el gobierno tomase la iniciativa en el mismo sentido. Una gran campaña en el interior, con herramientas de trabajo por armas, como las campañas de los romanos ó de los egipcios, para la apertura de canales ó el desecamiento de las lagunas Pontinas, les parecia el mejor paliativo indicado á una república que queria ser pacifica y salvar á la propiedad, protegiendo y levantando de la abyeccion al proletario. Este era el pensamiento de la actualidad: un gran ministerio de trabajos públicos habria sido la inauguracion de una era apropiada á la situacion. Fué tambien una de las mas graves faltas del gobierno en este punto esperar demasiado para realizar sus pensamientos: mientras que esperaba, los talleres nacionales, aumentados por la miseria y la ociosidad, se hacian cada dia más estériles y mas amenazadores para el orden público.

En aquel momento no lo eran aún: no eran mas que un recurso de orden y un medio de asistencia pública, exigidos al dia siguiente de la revolucion por la necesidad de alimentar al pueblo, y no alimentarle en la ociosidad, para evitar los desórdenes de ella. Mr. Marie los organizó con inteligencia; pero sin utilidad para el trabajo productivo: los alistó en brigadas, les dió gefes, les inspiró un espíritu de disciplina

y de orden, é hizo, en fin, de ellos durante cuatro meses, en vez de una fuerza á merced de los socialistas, y de los motines, una fuerza pretoriana; pero ociosa, en manos del poder. Mandados, dirigidos, contenidos por gefes instruidos de la idea secreta de la parte anti-socialista del gobierno, estos talleres contrabalancearon, hasta la instalacion de la asamblea nacional, á los obreros sectarios del Luxemburgo y á los obreros sediciosos de los clubs. Ellos eran un escándalo por su considerable número y por la inutilidad de sus trabajos á los ojos de Paris; pero á su vez lo protegieron y salvaron muchas veces. Muy lejos de estar á sueldo de Luis Blanc, cómo se ha dicho, eran inspirados por el espíritu de sus adversarios.

Al principio no ascendian mas que á veinte mil, pero cada dia recibian un refuerzo de jornaleros llenos de miseria y sin trabajo. La obra funesta de las fortificaciones, emprendida sin prevision, habia atraido y fijado en Paris una masa de cuarenta mil obreros mas, quienes, una vez fijados en la capital, no querian salir de ella. Estos obreros de albañilería no tenian ninguna de las condiciones de una poblacion domiciliada. De esta suerte la república espiaba las imprudencias de la monarquía. Los trabajos de lujo que son los primeros en que se hacen sentir las crisis, cesaban en todas las fábricas: los ahorros de los obreros se les agotaban, y las necesidades de sus familias empezaban á hacerse sentir cruelmente. Los fabricantes, ricos y generosos con sus obreros, conservaban una parte de ellos á medio salario: en otras manufacturas, la mitad de los obreros, en vez de trabajar toda la se-

mana, no trabajaban mas que cuatro dias, mientras que la otra mitad quedaba ociosa; despues aquella mitad cesaba en el trabajo para dejarlo á su vez á sus camaradas. Pero cada semana se cerraban nuevas fábricas, y los doscientos mil obreros que poblaban los talleres de Paris, venian así sucesivamente á alistarse en el ejército temporal de los talleres nacionales.

A estos obreros manuales juntáronse muy pronto obreros de las artes liberales, que habian agotado tambien sus últimos recursos: artistas, dibujantes, correctores de imprenta, empleados de las librerías, dependientes de los almacenes, escribientes, actores, hombres que jamas habian manejado mas que el buril, la imprenta ó la pluma, venian animosamente á los talleres nacionales á pedir el pico ó la espiocha, para remover la tierra en el campo de Marte y en las diferentes canteras que se les señalaba.

Por las mañanas se encontraban en los bulevares, en los Campos-Eliseos y en todos los cuarteles de los arrabales, grupos de veinte á cien hombres de todas edades, y en toda clase de trages, que se dirigian al trabajo, precedidos de una bandera, y conducidos por un capataz.

Estos hombres estaban tristes, pero resignados entonces. Veíanse que tenian el honroso sentimiento del deber para con sus familias que cumplian; y del que el gobierno llenaba con ellos dándoles trabajo. Desgraciadamente este trabajo mal organizado no era mas que un pretexto de asistencia pública, un recurso de urgencia para prevenir el hambre, las turbulencias, la desesperacion. Por las tardes los obreros volvian á sus cuarteles del mismo modo que ha-

bian ido al trabajo. Ellos mismos ejercian la policia y una disciplina voluntaria y mútua entre sí. Todos los sábados pagábanseles sus jornales. No era esta una organizacion del gobierno, como mas adelante se ha queripo hacer creer, sino una limosna sagrada é indispensable del estado, honrada con las apariencias del trabajo. Estos talleres de Paris, que la misma necesidad hizo organizar por instinto en todas las ciudades industriales, es verdad que hicieron perder á los obreros la costumbre de un trabajo formal, pero salvaron á las masas del hambre y de la desesperacion, á la sociedad de conmociones, y á la propiedad del saqueo.

El gobierno no hizo mas que una cosa mala en un principio, y fué no aplicar los obreros á grandes trabajos de utilidad pública, dispersándolos lejos de Paris y de las grandes ciudades, foco de las sediciones. Cuando quiso hacerlo era demasiado tarde; porque ascendian á ochenta ó cien mil hombres en Paris, y hubiera sido necesario igual fuerza del ejército para obligarlos á evacuar la capital. Se les toleró, pues, por humanidad y á la fuerza, hasta que, atravesada la época revolucionaria, el trabajo privado reabsorvi6 estos elementos, y reorganizada la fuerza pública, se pudo contener el desbordamiento.

Tales fueron los talleres nacionales que se han presentado como un sistema, y que no eran mas que un recurso pasajero, terrible, pero necesario. Los hombres previsores del gobierno no dejaban de considerar con temor el momento en que la sedicion se introdujese en este núcleo de miseria y de ociosidad, y en que fuese necesario disolverle por medio de la prudencia ó de

la fuerza. La sedicion no estalló, sin embargo, hasta despues de la instalacion de la asamblea nacional en Paris, y este fué el escollo casi inevitable del primer gobierno regular de la república. Mas adelante veremos cómo estuvo á punto de estrellarse en él.

XX.

De todas las instituciones republicanas, una de las mas orgánicas y de las mas vitales era la enseñanza pública y la institucion elemental gratuita para el pueblo. Los gérmenes de la civilizacion de un pueblo están en sus instituciones de enseñanza. Mientras que una generacion crece y muere, otra generacion nace y se adelanta tras de ella para reemplazarla: las tradiciones de la primera son el patrimonio de la segunda. De esta suerte la humanidad tiene siempre un niño que instruir y educar.

El gobierno, demasiado preocupado con la tempestad contra que debia luchar dentro y fuera, no habia tenido tiempo de madurar, en algunos dias y noches mal gastados en las tempestades públicas, un plan completo de educacion popular; pero queria cumplir esta promesa de la república al pueblo, y abrir el camino á la asamblea nacional.

Un hombre de temple antiguo, de alma tierna, de espíritu firme. Mr. Carnot, desconocido y calumniado despues por algunas palabras firmadas imprudentemente en medio del tumulto de incesantes trabajos, é interpretadas por la malignidad del espíritu de partido en un sentido desmentido por una vida entera, fué encargado

de esta obra. El pensamiento de la revolucion era el que debía ser: prodigar la enseñanza al pueblo por medio de una institucion emanada de la república misma; hacer obligatoria la parte elemental general y neutra de esta enseñanza, especie de sentido de la luz intelectual que una sociedad verdaderamente moral debe á todos los que nacen en su seno, sin subordinar el alma de los niños al monopolio de una corporacion de enseñanza, y dar á la sociedad lo que pertenece á la sociedad, á la familia lo que pertenece á la familia, á Dios lo que pertenece á Dios. La república puede combinar todo esto en una buena organizacion de la universidad y un sistema completo de libertad de enseñanza, en consecuencia con las instituciones de enseñanza del Estado.

La república nacional no podia querer encadenar la civilizacion y la conciencia al clero, ni interponer una mano profana entre la religion del padre y el alma del niño: debia, pues, emancipar la conciencia religiosa de la tirania del estado, como la inteligencia del pueblo de la supremacia impuesta de los dogmas. Su pensamiento, como el del porvenir, era la libertad civil de los cultos; la fé individualizada en el hombre; Dios libre de manifestarse por la razon siempre creciente en el espíritu humano; el sentimiento religioso admitido solamente bajo todas sus formas, pero instituido, propagado, honrado, cultivado como dogma universal de toda sociedad espiritualista.

Mr. Carnot, que pensaba y obraba en este mismo sentido, tenia á su lado á Mr. Regnaud, su subsecretario. Las tradiciones de la época

filosófica, corregidas por el sentimiento religioso y aplicadas por el sentimiento democrático; las luces de la asamblea constituyente; los institutos fraternales de la primera república, la tolerancia, la libertad y la moderacion de nuestra época, eran el espíritu de este ministro, y de todos ellos, él fué quien tuvo mas tiempo para reflexionar, y el que meditó mas y mejor.

El primer acto de Mr. Carnot fué dirigir una circular al clero para declarar que la república queria ser religiosa, y para animarle á volver á sus templos, respetados por el pueblo, y protegidos por el gobierno. Propuso varias leyes, de las cuales, la mas importante, la de la instruccion primaria, conciliando en ella los tres principios antes enunciados: libertad de enseñanza obligatoria y gratuita. Esta ley hacia de cada profesor un funcionario de moral y de inteligencia pública. Fundó la escuela de administracion, cuyo único defecto consistia en abrazar todo el conjunto de ella, en vez de ser especial para cada ramo: fundó tambien la *escuela materna*, plantel de caridad para formar las madres adoptivas de las salas de asilo; aumentó el sueldo de los profesores de instruccion; estendió la enseñanza agrícola en las escuelas primarias; provocó la adopcion por el esjado de los discípulos notables que manifestaban vocaciones trascendentales; restableció los colegios, y ordenó que se estudiase en ellos la historia de la revolucion francesa, reprimiendo enérgicamente la indisciplina que de rechazo debia hacer temer en ellos la crisis de Febrero. Propuso asimismo un ateneo libre, complemento de los mas elevados estudios y de los cursos públi-

cos, para ejercitar el espíritu público en las profundas investigaciones de la filosofía; organizó bibliotecas públicas para las horas de ociosidad del pueblo; estimuló á la literatura popular de que se carece casi enteramente en Francia, y dió direccion y recompensas á este medio de propagar las ideas.

Engañado por la mala redaccion de estos libros populares, se le echó en cara como una propaganda funesta lo que no habia sido mas que la omision de su censura. Carnot hizo, como los antiguos, de la enseñanza de la música un precepto para la elevacion y dulcificacion del sentido moral y civilizador del pueblo, y agrupó en torno suyo, como consejo filosófico y literario, los nombres mas esclarecidos y puros de la filosofía y de la literatura republicana, en cuyo número contemplaba el pueblo á Beranger, su poeta predilecto.

Una frase mal redactada, y peor interpretada, de una circular de Mr. Carnot, bastó para calumniar su administracion y desconocer todos sus servicios. No era otra la intencion de esa frase, que completar la representacion de la agricultura, diciendo á los cultivadores que eran mas aptos para conocer y hacer valer sus intereses, que otros representantes de mas instruccion, pero estraños á este arte. Advertido Mr. Carnot de la errónea interpretacion que se le habia dado, la rectificó al instante en términos que no podian dejar ninguna duda á la buena fé.

—“Se ha presentado, dijo, mi circuler de 6 de Marzo como complemento de las que emanaban del ministro de lo interior, y es necesario que me explique sobre este punto. Dos tenden-

cias opuestas se personificaban, á los ojos del público particularmente, en Mr. de Lamartine y el ministro de lo interior. No tengo necesidad de decir que mis simpatías eran hácia el primero.” Carnot, en efecto, era el último de los hombres á quien se podia acusar de violencias ó de embrutecimientos demagógicos. Si la nueva república hubiese tenido que presentar á sus amigos ó á sus enemigos un modelo de republicanismo inteligente y moral, á Carnot hubiera dirigido la vista. Hoy espía esas palmas, y se olvidan su pensamiento y sus actos; pero el hombre existe aún puro, y la república tendrá necesidad de echar mano de él tarde ó temprano.

Despues de los ministros de lo interior y de la guerra, el de justicia era el que tenía mas atribuciones y mas importancia por el personal, objeto de importantes cuestiones. Mr. Cremieux las tocó todas con tal precision, que la asamblea constituyente convirtió en leyes casi todos los decretos de este ministro.

En cuanto á las medidas concernientes al ministerio de lo interior, consistieron sobre todo en el envío á los departamentos de comisarios y de subcomisarios destinados á reemplazar á los prefectos y á los subprefectos, pues casi todos los departamentos, sin esperar las órdenes de Paris, habian trasformado sin violencia su administracion monárquica en administracion republicana. En ninguna parte habian hecho la menor resistencia, ni un prefecto, ni un general, ni un soldado. Parecía que, verificada ya la revolucion en los espíritus, no habia necesitado mas que mostrarse para ser reconocida. En todas par-

tes, y sin lucha alguna, los ciudadanos notables de la oposicion habian sido rodeados al recibir la noticia de los acontecimientos de Paris por el pueblo, y conducidos á la prefectura ó á la sub-prefectura, habian recibido pacíficamente de manos de la antigua autoridad las riendas de la administracion. En todas partes, y con el mismo acuerdo, habian sido reemplazados los consejos de prefectura, los *maires*, los ayuntamientos, ó introduciéndose en ellos nuevos miembros poseedores de la confianza de los pueblos. La anarquía no habia imperado un minuto, ni tenido tiempo para interponerse entra ambos gobiernos.

Estas nuevas autoridades habian sido obedecidas por instinto con mas unanimidad aun que las antiguas. Hubiera podido decirse que la Francia entera tenia el genio de las revoluciones y ejecutaba esta trasformacion completa de un orden monárquico al orden republicano, como un ejército ejecuta una manobra en la que ha sido ejercitado por la disciplina. Este era el fruto de treinta años de libertad constitucional de que la Francia habia disfrutado desde 1814. La libertad y la razon progresan á la par en los pueblos.

El ministro de lo interior, Mr. Ledru-Rollin, confirmó muchos de los nombramientos de comisarios hechos por las poblaciones de los departamentos, y envió otros de Paris á los demas. Estos nombramientos, acertados desde un principio, manifestaban el espíritu de elevada y liberal conciliacion que la mayoría del gobierno y que el mismo ministro del interior querian seguir entonces é inspirar á los depar-

tamentos como tipo de la administracion republicana.

Seguir el buen espíritu de los departamentos en sus elecciones espontáneas; atraerlos por la confianza que les inspiran sus administradores; moderar sus excesos, templar su demasiado ardimiento; reanimar su escensiva templanza; gobernar con el apoyo y los consejos de los buenos ciudadanos; no dejar tiempo á las poblaciones agitadas para apercibirse de una interrupcion en la ejecucion de las leyes del orden público; evitar á todo trance las guerras civiles y la efusion de una sola gota de sangre; compadecer, consolar y proteger á los vencidos; ennoblecer el entusiasmo de los vencedores por su propia generosidad; hacer olvidar las quejas mutuas de los partidos, y confundir en la familia nacional á todos los amantes de la patria y defensores de la sociedad: tales eran las intenciones del gobierno unánimamente espresadas, comentadas á cada momento por Lamartine en sus arengas á las diputaciones de los departamentos y al pueblo en el Hotel de Ville ó en la plaza pública, y comunicadas por el ministro del interior á los comisarios del gobierno en las primeras instrucciones que se les dirigieron.

La mayor parte de estos primeros comisarios del gobierno eran miembros de la cámara de diputados, conocidos por su oposicion moderada al antiguo gobierno, redactores de los diarios democráticos, acreditados por la estimacion de que gozaban, ó clientes de la prensa republicana de Paris, y particularmente de *El Nacional*. El ministro de lo interior añadió á ellos clientes del diario *La Reforma*, el centro mas activo y

revolucionario de las conspiraciones anti-monárquicas, y un corto número de protegidos de las escuelas socialistas, hombres entonces de conducta tan prudente como aventureras eran en sus ideas.

## XXI.

Estas elecciones precipitadas, hechas, por decirlo así, al grito de la urgencia y á indicacion de los diversos partidos, no escitaron en el primer momento ninguna reclamacion. El ministro indicó á sus agentes el espíritu de su administracion en su primera circular de 8 de Marzo. En ella les decia:—«La Francia entera no ha tenido mas que una sola voz, porque no tenia mas que una sola alma. Esta union de todos en un mismo pensamiento es la mas segura garantía de la duracion de la república, y debe tambien ser el origen de la moderacion despues de la victoria. Vuestro primer cuidado debe ser hacer comprender que la república está esenta de toda idea de venganza y de reacion; pero que esta generosidad no degenera, sin embargo, en debilidad. Absteniéndose de toda pesquisa contra las opiniones y los actos anteriores, sirvaos de regla que las funciones políticas, cualquiera que sea su gerarquía, no pueden confiarse sino á republicanos probados; en una palabra, á todos los hombres de la *vispera*, y no á los del *día siguiente*.

Las primeras palabras de esta instruccion eran enteramente conformes al espíritu del gobierno; las últimas eran una purificacion de la Francia, y purificarla de todo lo que no era re-

publicano de la vispera, era separarla de la república. La república, enagenándose á la mayoría de la Francia, se convertia en un gobierno de minoría: un gobierno de esta clase necesita intimidar á la mayoría; es decir, á la nacion para cimentarse y conservarse; y de esta suerte se desnaturalizaba y pervertia la república del 24 de Febrero.

La diferencia radical que existia entre los miembros del gobierno sobre la manera de comprender y practicar la nueva república, se revelaba desgraciadamente en estas primeras palabras. Era evidente que el espíritu póstumo convencional y dictatorial de los clientes de *La Reforma* trataba de empeñar á la política interior en las vias de retroceso de la purificacion y de la intimidacion revolucionaria. Aunque los actos fuesen tolerantes, las palabras eran acerbas, y esto bastaba para inquietar al pais en el momento en que era necesario tranquilizarle y ver de atraerle á la república.

Esta provocacion intempestiva dirigida á todos los que no admitian la república, sino con la condicion de llevar á ella puros su honor y sus derechos, suscitó los primeros resentimientos y recelos. Sin embargo, las medidas del ministro de lo interior y la mayoría de los comisarios que habia nombrado, no correspondieron por entonces en nada á este lenguaje. Las palabras parecieron una concesion á un partido violento para negarles los actos. Corrieron, pues, sin que el gobierno juzgase conveniente recogerlas y desmentirlas. El ministro de lo interior, enteramente ocupado por los inmensos detalles de su departamento, no podia material-

mente responder de todo lo que se redactaba bajo su responsabilidad moral, mucho menos cuando rara vez asistía á los consejos de gabinete que aun se celebraban en el Hotel de Ville, en medio de una concurrencia constante del pueblo, y dirigia aisladamente la parte del servicio público que le habia sido confiada.

Lamartine dirigia por su parte con una independencia absoluta la política exterior y la parte de espíritu público que convenia á sus miras. Cada ministro era soberano en su centro de accion, y no se sometian al consejo de gobierno sino las cuestiones muy graves que tenian relacion con la política general de éste.

Luis Blanc y Albert, ligados de antemano con el partido de *La Reforma*, se reunian á otros hombres activos de él, y trataban de hacer prevalecer los unos sus doctrinas socialistas, los otros su suspicacia republicana. Flocon, espíritu mas bien político que especulativo, se esforzaba por establecer un término medio entre estas pretensiones de los socialistas y de los republicanos ardientes. A él se deben las hábiles contemplaciones que los dos partidos del gobierno tuvieron la prudencia de guardarse mutuamente, para no romper estrepitosamente su aparente unidad, que debia evitar convulsiones y hostilidades en el pais.

Caussidiere, espíritu flexible y sutil, bajo un exterior rudo y poco favorable, se inclinaba al parecer á la política del ministerio de lo interior; pero se servia de sus amigos en interés de su propia importancia mas aun que los servia á ellos. Hombre de accion en contacto con el pueblo, rodeado de una milicia dispuesta á todo,

sus amigos no podian nada sin Caussidiere, y este afectaba una independencia que lo hacia algunas veces sospechoso, pero siempre temible. El partido de *El Nacional* era su adversario, porque creia que el prefecto de policia era un agente y un seide del ministro de lo interior contra ellos.

Una ojeada habia bastado á Lamartine para comprender el partido que podia sacarse de Caussidiere en favor del restablecimiento del órden, y que para ello era necesario hacerlo superior á enemigos mas peligrosos. En esta idea le demostraba confianza, y le escitaba á pedir al gobierno atribuciones de policia mas extensas y mas fondos; en el consejo tomaba la iniciativa en su favor para la creacion de cuerpos municipales armados, guardia republicana y guardianes de Paris á las inmediatas órdenes del prefecto de policia; le veia algunas veces particularmente; hablaba con él confidencial y francamente de la política general interior y exterior, y sin disimularse nada de la situacion complexa y de la ambicion de Caussidiere, veia probidad en su ambicion, lealtad en su sutileza. Caussidiere era ademas hombre de corazon honrado y generoso; y se podia uno confiar, si no á sus opiniones, al menos á su naturaleza. Podia él meditar grandes actos revolucionarios, pero jamas actos criminales: hombre de combate y no de anarquía, aspiraba á regularizar prontamente la victoria, á conservar la confianza de los amigos que habian conspirado y combatido con él, á conquistar la estimacion de los vencidos y el reconocimiento de Paris, á legitimar su conquista por sus servicios, y á convertir al cons-

pirador en un magistrado. Caussidiere amaba al pueblo, pero no le lisonjeaba sus excesos, ni aun sus sueños.

Lamartine le hablaba con frecuencia de los peligros de la propaganda comunista de sus amigos de Luxemburgo, y de la necesidad de que las teorías de trastorno social viniesen á convertirse en instituciones de asistencia, de instruccion, de socorros, de trabajo y de acceso de los proletarios á la propiedad. Caussidiere era enteramente de este parecer.—“El socialismo me confunde, respondia á aquel con desprecio: el orden, el trabajo, la fraternidad en accion, y no quimeras, es lo que yo deseó.”

Caussidiere ayudó poderosamente á Lamartine á contener á los refugiados políticos alemanes, belgas é italianos, que querian comprometer á la república en guerras de agresion, forzada por intereses de facciones extranjeras. Al principio estos complots habian parecido, si no favorecidos, al menos tolerados y secretamente animados por hombres muy cercanos al gobierno. Lamartine hizo comprender á Caussidiere los peligros de estas tentativas que sublevarian á la Europa contra la república, y que producirian una nueva coalicion como la de 1814, mientras que una política mas leal y mas hábil en su lealtad haria imposible esta coalicion.

## XXII.

Una muger escepcional por su estilo, y un orador distinguido, Mad. Sand y Mr. Julio Favre, prestaban entonces el auxilio de sus talentos á la política del ministro de lo interior.

Mad. Sand, que habia volado á Paris á la primera noticia de la revolucion, habia visto á su llegada á Lamartine. El ministro de negocios extranjeros se habia esforzado por atraer á sus miras á aquel genio viril en las formas, femenino por la volubilidad de sus convicciones, y en una conferencia de muchas horas con aquella muger importante en una crisis en que la tempestad popular no podia ser dominada mas que por los vientos que se hiciesen soplar sobre las olas, la habia convencido de que solo podia encontrarse la salvacion de las nuevas instituciones en la condenacion pronta, enérgica y completa de los excesos y de los crímenes que habian deshonrado y perdido á la primera revolucion. Habia, pues, conjurado á Mad. Sand á prestar la fuerza de que Dios la habia dotado á la causa del orden y de la moralizacion del pueblo, y ella le habia prometido hacerlo así con ese acento de entusiasmo apasionado que revela la sinceridad de las convicciones, pidiéndole únicamente algunos dias para ir á Berri á arreglar sus negocios. A su regreso debia redactar un periódico popular, que sembraria en el espíritu de las masas los principios de paz, de subordinacion y de fraternidad, á los que su pluma y su nombre habrian dado todo el prestigio y toda la celebridad de su nombre.

Con estas intenciones partió á Berry; pero á su vuelta las antiguas predilecciones de su espíritu por las teorías aventuradas del socialismo, la ligaron por medio de Luis Blanc á un centro de política enteramente opuesto. Lamartine supo que ella redactaba en el ministerio de lo interior un periódico oficial, titulado *Boletín de la*

*República*, cuyo periódico incendiado por las inspiraciones del comunismo, traía á la memoria por sus términos los recuerdos nefastos de la primera república, y fanatizando á unos de impaciencia llenaba á los otros de terror.

La mayoría del gobierno, cuando supo la existencia de este *Boletín*, sintió el extravío de aquel talento de primer orden, y lo sintió doblemente, porque ponía bajo la responsabilidad del gobierno palabras y doctrinas en abierta contradicción con sus ideas. El ministro de lo interior no tenía tiempo para inspeccionar por sí mismo aquellos escritos que emanaban de su secretaría, y no prohibió siquiera sus exageraciones maléficas. Se convino que ningún *Boletín* se dirigiera á las provincias sin haber sido examinado antes por un miembro del gobierno, compartiéndose los días de la semana para su examen; pero los innumerables detalles que los abrumaban, y los incidentes urgentísimos que se suscitaban á cada instante, fueron causa de que muchas veces descuidasen este deber, y algunos *Boletines* se deslizaron aun llevando escándalos y una tea incendiaria á los departamentos. Algunos comisarios tomaron sobre sí, con mucho acierto, la responsabilidad de prohibir la fijación de anuncio y la circulación del *Boletín* en sus departamentos.

XXIII.

Sin embargo, París estaba tranquilo, aunque alerta. El gobierno había convocado á la Francia entera para el 24 de Abril, á fin de hacer las elecciones. Este era el tiempo estrictamente

necesario para las operaciones materiales del mecanismo del sufragio universal.

Esperando esta gran instalación de la soberanía del pueblo, se calmaba la generalidad de los ánimos, mientras se incitaba á otros, porque dos meses de revolución y de dictadura que pasarán aún, parecían dos siglos. El partido ultrarrevolucionario se lisonjaba de que estos dos meses, fecundos en acontecimientos, y agitados por facciones contrarias, por amenazas de guerra en el exterior, por turbulencias y miserias en el interior, no permitirían al gobierno realizar aquel gran acto. Entre él y el 24 de Abril entreveíanse mil abismos, en los que se precipitaría antes de llegar el día que había fijado para restituir el poder á la nación.

FIN DEL LIBRO X.